



FOTO: Archivo Particular

## LATINOAMÉRICA Y EL CARIBE: ESA EXTRAÑA FASCINACIÓN ROMÁNTICA CON BANDOLEROS Y CORRUMPTOS

En estos tiempos que corren tan **Sui Generis**, dónde no solo prima la inversión absoluta de verdaderos valores humanos y sociales, sino un persistente sentimiento derrotista y conformista, traducido en mensajes sostenidos que la gente elige aceptar, interiorizar y creer, a sabiendas que es un imposible, recuerda mucho al teólogo alemán asesinado por los Nazis, Dietrich Bonhoeffer, que hablaba de la estupidez humana; en este caso, de la sociedad alemana de hace un siglo, que le apostó a unos **locos sociópatas “iluminados”** con la errónea y alocada convicción de que tales criminales podrían cambiar el mundo para bien: **“La estupidez humana está relacionada con la complacencia, con la incapacidad para discernir sobre el bien o el mal, lo correcto y lo incorrecto...”**

A principios del Siglo XX, Cuba fue el primer país con un sistema de alumbrado público, con industria movida por energía y fue La Habana la primera

ciudad de Latinoamérica con tranvía; en los años veinte del siglo pasado ese país era un emporio del turismo y la hotelería, llegando a posicionarse, a mediados del pasado siglo, en el país con el puesto 29 de las economías desarrolladas en todo el mundo.

Pero llegó **“La liberación revolucionaria”** castrista y todo se fue derrumbando. El pueblo engañado respaldó y apoyó a una casta hegemónica de criminales y saqueadores, que en 66 años de historia ha convertido a Cuba en un cementerio sin esperanzas. Como lo dice un cubano anónimo: **“Estar en la isla es como estar en una guerra, parecen ciudades muertas; en La Habana no hay prosperidad, no hay camino, no hay futuro, la gente vive como zombi, la gente sobrevive... esto es lo que quiso Fidel Castro para Latinoamérica; esto es lo que quieren para Venezuela, Colombia, México, esto es el comunismo”**.



FOTO: 123FR

Nunca pude entender, en mi niñez de los años sesenta y comienzo de los setenta del pasado siglo, a los adolescentes y jóvenes de mi generación usando suéteres y pantalones con la imagen del enfermo genocida Che Guevara, sin tener la mínima idea de lo que representaba aquella mente sociópata para el demócrata, el empresario, el artista o el académico cubano, fusilados en “*El Parredón*”.

Hoy, muchos “*líderes sindicales*” de empresas públicas del orden nacional o departamental en Colombia, cobran cuantiosos viáticos anuales para “*capacitarse*” en La Habana en el tema de “*derechos humanos*” y de paso, ponderar a los genocidas castristas, recibir un refuerzo en adoc-trinamiento *marxista - terrorista* y exaltar el paupérrimo sistema de salud de la isla y su aberrante miseria humana, social, laboral y educativa.

Ese modelo perverso y esa forma de vida despre-

ciable es lo que intentan implementar en nuestras democracias latinoamericanas desde hace décadas.

Entre 1948 y 1980, la República de Venezuela fue la meca del bienestar y el alto nivel de vida de toda la Región. *Considerada “La Millonaria de América” por su producción petrolera a gran escala, llegó a liderar, por muchos años, el mayor poder adquisitivo per cápita a nivel global según la OCDE.* A partir de la crisis petrolera de 1982 y por no tener desarrollos paralelos en otros sectores económicos, el país comenzó a tener muchas dificultades que exacerbaban los populismos políticos y las ideologías de izquierda, tan proclives en humaredas y promesas de justicia social, “*progresismo*”, desarrollo nacional, salarios justos, equidad y lucha frontal contra la corrupción, que allanaron el camino a una dictadura militar de izquierda, muy similar al nefasto peronismo argentino.



FOTO: 123FR

Llega Hugo Chávez al poder en 1999, luego de un derrocamiento fallido contra el presidente constitucional Carlos Andrés Pérez, en 1992, con total apoyo de todos los sectores, incluyendo a los demócratas románticos y a los empresarios abyectos, convirtiendo al hermano país en otro cementerio. La diáspora venezolana alcanza, 26 años después, ocho millones de personas por todos los cinco continentes, intentando asentarse y tener una vida digna; unos picos de inflación promedio de 800%, empobrecimiento de la industria minero energética y del petróleo; un bastión de la corrupción oficial dentro del **“madurismo”**, un corredor del narcotráfico a cielo abierto; miles de presos políticos, torturas, violaciones y homicidios: **un dossier de crímenes de Estado**.

Tendríamos idéntica radiografía en otras latitudes: el **“correísmo”** corrupto de izquierda que intenta volver al poder en Ecuador; el ex convicto Lula da Silva, de nuevo en el gigante Brasil; la catástrofe mexicana del narcotráfico, la inseguridad y la corrupción en la era AMLO - Sheimbaun, **la sarta de los pedófilos y coccaleros Daniel Ortega**

**y Evo Morales; el desastre Kirchner - Fernández y su “desarrollismo populista” que arruinó a los argentinos y la terca tendencia chilena con Bachelet y Boric, como si no hubiese sido suficiente la nefasta experiencia con Salvador Allende y el pronto renacer con Augusto Pinochet.**

Todo lo anterior fuere anecdótico si hubiese puntos de inflexión entre los ciudadanos de varias generaciones; pero no, existe un extraño culto morboso e insano de admiración, entre nosotros los latinoamericanos, para con estas personalidades del hampa política. La gente conoce y acepta que estos gobernantes se enriquezcan, sean promotores y encubridores de actos de corrupción y crimen; mientan y amenacen de forma compulsiva, desconozcan y pisoteen la ley, los poderes públicos y las instituciones democráticas.

Finalmente, el bastión republicano con la democracia más sólida y las instituciones mejor construidas de la Región, la República de Colombia, se sumó a la idolatría romántica de los bandoleros en el año 2022.

Con muchas dudas en la transparencia operativa del proceso electoral en sí, los colombianos eligieron a una persona emocionalmente inestable, que perteneció a un grupo terrorista siendo imputado, encarcelado y luego amnistiado (**las amnistías han sido siempre el peor error y la mayor vejación para las democracias occidentales**); un candidato que seguramente violó todos los toques de financiación de campañas políticas establecidas en la ley; que presuntamente recibió recursos de narcotraficantes y cohonestó con otros manejos turbios por parte del grupo de asesores y familiares que lo rodeaban. Un candidato con unos antecedentes muy paupérrimos como administrador de la cosa pública cuando fungió como alcalde de Bogotá, con procesos abiertos en Contraloría y Fiscalía, por corrupción y otros delitos.

**¿Qué resultados esperaban los electores? ¿Acaso esperaban una superación milagrosa de malas conductas sistemáticas o estilos de dirección o de ideología de izquierda radical, y que de repente hubiese coherencia, respeto, buen ejem-**

**plo, justicia, orden, transparencia, seguridad, desarrollo social y territorial?**

Aquello obedeció, también es cierto, a un antecedente ruinoso durante los ocho años de la presidencia de Juan Manuel Santos, el traidor de cuello blanco por excelencia, quién devastó todos los mecanismos constitucionales para firmar un rocambolesco acuerdo de paz con grupos terroristas y guerrilleros que, además, erigió en legisladores y doctrinantes de las actuales tendencias morales y éticas del Congreso de la República.

**La llegada de criminales de lesa humanidad al recinto parlamentario de Colombia cobró, a favor del traidor, el premio nobel de paz.**

Hoy, toda la sociedad colombiana paga muy caro ese período **sensiblero, romántico y del buenismo**, con bandoleros y corruptos de toda laya, que ha de erradicarse, extirparse y borrarse a partir de 2026.



**LUIS  
EDUARDO  
BROCHET**